

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

*Si Scires Donum Dei...*

*“Sin la Santa Misa, ¿qué sería de nosotros? Todos aquí abajo pereceríamos, ya que únicamente eso puede detener el brazo de Dios. Sin ella, ciertamente, la Iglesia no duraría y el mundo estaría perdido y sin remedio”.*

– Santa Teresa de Jesús



## Cáliz y altar...

En la ciudad de Essen-Werden (Alemania) en la capilla de un antiguo claustro se conserva el cáliz más antiguo de Alemania. Se utiliza desde hace mil doscientos años. San Ludgero de Münster y Werden lo ha utilizado primero.

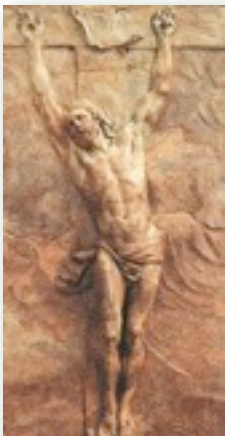
Al lado opuesto de esa región, se halla el cáliz de Tassilo en el convento de Kremsmünster. Es casi tan antiguo como el cáliz de San Ludgero. Se utilizó por primera vez en la celebración de las bodas del duque Tassilo.

El cáliz más antiguo en Colonia es el cáliz de Eriberto, en la basílica de los Santos Apóstoles. Aunque tenga quinientos años menos que los cálices de Werden y Kremsmünster es tan bello que no te cansas de mirarlo.

En los museos o tesoros de las grandes catedrales existen cálices de tanto valor, que te corta la respiración de sólo mirarlos.

Sin embargo, el Papa Pío XI (+ 1939), quien alguna vez se dedicó a ordenar antiguas bibliotecas y tesoros, solía decir: “El Cáliz más precioso es aquel que me regaló el obispo Sloskans”. Ésta es la historia:

En Rusia no se permitía que hubiera obispos católicos. En el año 1925, el Papa envió secretamente un arzobispo a Rusia. Éste ordenó en secreto a nuevos obispos católicos, a uno en un sótano, a otro en una casa solitaria... Los nuevos obispos pudieron a su vez ordenar nuevos sacerdotes, así como administrar el sacramento de la confirmación—podían confirmar a los fieles en la fe. Pero hubo un traidor. Duró sólo un año o dos y la GPU, la policía secreta de Rusia, terminó



por capturar a todos los nuevos obispos y los encarceló. Uno de los nuevos obispos se llamaba Sloskans. Él fue enviado a un campo de concentración en el norte de Rusia, cerca del mar del Polo Norte. El poeta Solchenizyn ha descrito a detalle la realidad de estos campos de concentración de manera tan sobrecogedora, que muchos de los que simpatizaban con el comunismo se apartaron de él.

En ese campo de concentración, el obispo Sloskans fue llevado a una cárcel “especial”. Era un pequeño sótano dentro de una torre fortificada que estaba destinado a prisioneros “especialmente” odiados. El lugar era húmedo y estaba lleno de alimañas. Las veinte personas ahí prisioneras tenían suficiente lugar tan solo para pararse, tan pequeño era ese sótano. Día y noche tenían que mantenerse de pie. Entonces reflexionaban y se juntaban, apretándose unos contra otros para que siquiera alguno tuviera suficiente lugar para echarse en el suelo. Así, por turnos, podían así descansar al menos durante una hora.

En la convivencia descubrieron que algunos de los prisioneros eran católicos. Otros eran ortodoxos llenos de fe y piedad. De ese modo, la prisión se convirtió prácticamente en una iglesia. Día y noche rezaban unidos. Un día, uno de los prisioneros dijo: “Qué bueno sería que el señor obispo pudiese celebrar la Misa”. Esto lo escuchó uno de los guardias que estaba allí para suplir a un compañero. En la oscuridad y con extremo sigilo, consiguió pan blanco y un poco de vino. Uno de los prisioneros tenía una lata vacía. Era fea y vieja, parecía como la hubieran sacado de la basura. El obispo se acostó en el lugar reservado para descansar. Sobre su pecho, recostado y con el sucio saco del uniforme de la prisión encima a manera de mantel, colocó el pan y la pequeña lata con el vino. Pronunció las palabras de la Santa Misa que sabía de memoria, especialmente la anáfora con las palabras de la Última Cena y la Consagración. A cada uno le

dio la Comunión. Gruesas lagrimas que corrían en los rostros y barbas de los prisioneros dieron evidencia de la emoción que sentían por tener a Jesús Sacramentado con a ellos. Cada vez que el guardia de reemplazo estaba de servicio, pudieron repetir la celebración. Los prisioneros ctarían después: "Sin Jesús a nuestro lado, no hubiéramos sido capaces de sobrevivir".

Este cruel encarcelamiento duró varios años. Un día, con ocasión de un intercambio de prisioneros sacaron al obispo Sloskans. Lo trasladaron a la frontera y le dieron la libertad. Entonces el obispo pudo relatar al Papa todo lo que había vivido. Le regaló al Papa la lata vacía que le había servido de cáliz para celebrar la Santa Misa. El Papa colocó este pobre vaso entre los recuerdos más preciosos que tenía. El sumo pontífice comentó: "Éste es el cáliz más valioso del mundo". Y poniendo su mano sobre le pecho del obispo añadió: "Pero éste es el altar más precioso del mundo".

El Papa tenía razón. Este pobre vaso de hojalata había llegado a ser precioso por el sufrimiento y la valentía de los prisioneros y por su deseo de recibir a Cristo. Por otro lado, el pecho del obispo quien, recostado en el único lugar de descanso de la prisión lo utilizó como altar, era más valioso que los más ricos altares de mármol en cualquier iglesia del mundo.

Por lo que se refiere a los cálices y demás utensilios de la Santa Misa, finalmente no son el oro, la plata o las piedras preciosas lo que determina su valor sino el deseo de Cristo en aquellos que los utilizan—y la valentía con la que sufren por Cristo.

Este burdo recipiente de hojalata por haber contenido la Sangre de Cristo, adquirió más valor que la vajilla de oro de cualquier casa reinante. Cuando el cristiano —como el obispo encarcelado— lleva en su pecho y en sus labios —como todos aquellos que comulgan— el Cuerpo de Cristo, entonces ese hombre o mujer vale más que una tiara de los más preciosos brillantes y perlas. Sucede como en el cuento de la Cenicienta: la persona más pobre y miserable es hermosísima, porque ha participado del tesoro más grande y hermoso del mundo: La Santa Misa. (Fuente: *La Santa Misa en 62 Historias, Misioneros del Sagrado Corazón*)

## ***Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo...***

Hubo un tiempo cuando los gobernantes y emperadores prohibieron representar a Jesús como "Cordero de Dios". El propio emperador de Constantinopla firmó tal decreto. Él quiso hacerlo por consideración a



**Oh Jesús, Sacerdote eterno que Te ofreciste en la cruz al Padre como Víctima propiciatoria para nuestra redención y continúas ofreciéndote en el altar por medio de Tus sacerdotes, santificalos en la verdad para que, unidos a Ti, Sacerdote y Víctima, en su servicio a la Iglesia nos santifiquen para gloria de Dios.  
Amén.**

los mahometanos que no admiten imagen alguna de hombres o animales por miedo a la superstición. Los católicos creyentes estaban indignados por el hecho de que se les prohibiera representar a Jesús como "Cordero de Dios". Así lo llamó el profeta Isaías, el Bautista Juan y el evangelista Juan.

En aquel tiempo se había elegido a un nuevo pontífice, San Sergio I (687-701) y nacido en Antioquía, Siria, quien había experimentado en su patria el conflicto por de la representación de Cristo como el Cordero de Dios. El Papa quiso protestar contra esta prohibición inadmisibles. Y así lo hizo también, pero no mediante un decreto sino con una oración. Por eso mandó lo siguiente: "A partir de hoy queremos cantar en todas las Misas antes de la Comunión: '*Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros*'. Porque Jesús, el Cordero sacrificado es nuestra alegría; Jesús, el Cordero de Dios fue muerto por los buenos y los malos, por todos nosotros".

Esto ocurrió alrededor del año 700. Hoy en día, mil doscientos años más tarde, sabemos apreciar también este canto. Jesús—nuestra luz en la oscuridad; Jesús—Cordero inmolado por nosotros. ¡Es la invocación más hermosa, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo se hace nuestro sacrificio y nuestra alegría, y nos da la paz!